
Ana Rodríguez, *Comprensión de la cultura humana. Un estudio desde la antropología trascendental de Leonardo Polo*

Madrid, Síndéresis, 2023, 414 pp.

No es fácil ser ‘enanos a hombros de gigantes’ aunque sea ese un lugar que enriquezca enormemente nuestra perspectiva. La razón de la dificultad es evidente: para llegar a los hombros hay que subir mucho, y la escalada no resulta sencilla. En el caso de la filosofía los gigantes son pocos y la ascensión exigente.

Exigente porque los temas a los que se enfrenta la filosofía atañen a los límites de la capacidad de la razón, y el lenguaje no está especialmente preparado para ellos, y no es raro que los autores tiendan a la oscuridad en un movimiento paradójico en la medida en que tratan de acercarse a comprender las fuentes de luz, los principios, los fundamentos.

Exigente también porque no todos los autores, más bien muy pocos, alcanzan la calidad del verbo de Platón, de San Agustín, de Schopenhauer. Y con frecuencia optan por el estilo abrupto, sin concesiones al lector, faltando a la cortesía aneja al esfuerzo por la claridad.

Por eso ya el hecho de decidir de ascender hacia un gigante reclama todo el respeto. Y si eso se hace ahora, en estos tiempos de poco pensamiento que además es pensamiento débil, lo que precisa ese empeño es un aplauso, que es lo que se merece Ana Rodríguez Soto por esta obra.

La autora busca aclarar la propuesta antropológica de Leonardo Polo. Para eso escoge un sendero que podría parecer lateral: el análisis del papel de la cultura en la obra del pensador de la Universidad de Navarra. El esfuerzo de la profesora Rodríguez Soto ha sido ímprobo: se ha enfrentado a las obras de Polo, en especial a algunas de las de lectura más compleja, y con afilado escapelo ha ido diseccionando los textos para ‘traducir’ la propuesta poliana a un idioma más próximo a todos aquellos que ni somos expertos en este autor ni nos hemos adentrado en la selva audaz y oscura de sus propuestas.

Se divide el trabajo en cinco intensos capítulos.

En el primero estudia la *distinción real* en el campo de la antropología, una de las aportaciones más destacadas de Santo Tomás de Aquino que encontró nuevas perspectivas en Polo. Presenta la noción aristotélica de acto, la distinción entre esencia y acto de ser en el Aquinate, y el papel determinante de la distinción entre *ser* y *nada* por un lado y entre *Creador-creatura* por otro en Leonardo Polo. Además profundiza en la diferencia entre el acto de ser del universo (que interpreta como *persistencia*) y el acto de ser personal (*co-existencia* o *además*). Estas averiguaciones conducen a Polo, al inicio de su *Antropología trascendental*, a proponer una ampliación de los trascendentales y a un método en antropología que debe ser distinto al de la ontología. De otro modo se perdería lo propiamente humano y el pensamiento caminaría en falso.

En el segundo capítulo la autora ahonda la propuesta antropológica de Polo. Para eso necesita explicar la doctrina de este autor sobre la persona. Hecha esa distinción entre el hombre y el universo, presente en las intuiciones de algunos de los grandes autores de la historia de la filosofía y en la especial relación entre Dios y el hombre de la tradición judeo-cristiana, se acomete la tarea de atender al *acto de ser* humano. La doctrina de Polo acuña sus propios términos. Según él, la persona es co-existencia, es *intellectus ut co-actus*, es amor donal y es libertad trascendental. El análisis de este último punto ocupa la parte más extensa del capítulo.

Centra el trabajo del tercero en profundizar sobre la esencia humana: lo *que* somos, la expresión del ser humano en la historia, la manifestación de la persona en la medida en que cada uno es apertura de su intimidad o co-existencia. Esta esencia no ‘está’, sino que el hombre posee una función comunicativa y dialógica que se aprecia en el lenguaje, en la sociedad y –evidentemente– en la expresión de la cultura. La esencia manifiesta a la persona en la medida en que ésta mejora, perfecciona, la naturaleza. ¿Y cómo lleva a cabo este perfeccionamiento? La respuesta de Polo tiene raigambre clásica, aristotélica y tomistá: por los *hábitos*, que son los medios por los que la naturaleza humana se abre al crecimiento y por los que se fortalece el ejercicio de la libertad.

Se llega así al cuarto capítulo de la exposición, en el que se sigue desarrollando el tema de la esencia humana, esta vez desde la perspectiva de su condición como *disponer*. Y es que la apertura del hombre al mundo, su ser *además* o co-existente con el mundo (en una idea sin duda cercana a la propuesta de Plessner sobre la posición *excéntrica* del hombre), lleva a que su relación con el mundo sea dispositiva: es el hombre quien tiene, quien dispone, en la medida en que está ante el mundo sin verse imbuido o reducido a él. En consecuencia es capaz de actividades libres. De ese modo la vida humana, que trasciende al ser del universo, debe entenderse como vida añadida, vida iluminante, vida apórtate. Arendt hablaba de la aparición de la *novedad* en cada persona. La actividad libre del hombre es la que le permite superar los fines naturales por medio de la creación de cultura: el *David* de Miguel Ángel no está contenido en la información genética ni en la carga instintiva; tampoco lo está cualquier gesto desinteresado o gratuito de servicio. De modo análogo, la actividad libre del hombre es la que le permite el conocimiento de la verdad conociendo las cosas tal cual son y la que le permite inventar y aportar bienes que antes no existían en el mundo y en las personas.

Por último, ya en el quinto capítulo, se expone de manera directa la doctrina poliana sobre la cultura. No cuenta el autor con un texto monográfico sobre este tema. La investigadora ha ido rescatando de diversos lugares las ideas de Polo, coherentes con los principios de su propuesta de antropología trascendental.

Por un lado, se expone la cultura como hacer factible desde una perspectiva que originariamente había sido presentada por Heidegger en *Ser y tiempo*, si bien tiene sus raíces en la doctrina de los hábitos de Aristóteles: lo a la mano, los *pragmata*, por medio de los cuales las personas transformamos la tierra en mundo, lo cultivamos, lo humanizamos, lo convertimos en cultura.

Por otro, lo que se podría llamar la expresión diacrónica de la acción cultural, es decir, la *historia*: no solo cambiamos el mundo material de nuestro entorno, sino que el hombre establece un relato en forma de tradición y de progreso que da lugar a mundos posibles que podrían haber sido distintos y que sin nosotros no hubieran existido.

Y en todo ello, en buena medida por haber percibido el carácter original del *esse* más allá de la esencia, se destaca siempre cómo la persona no queda subordinada a la cultura, no es un caso individual de un universal, no ‘se debe’ a las grandes ideas generalizantes ni a un culturalismo totalitario, sino que es *además* de la cultura, del entorno, de la tradición o del ideal. A fin de cuentas, la libertad es el núcleo del que depende el hacer cultural humano, y el hombre –cada persona– es el destino último y la razón de ser de esta acción cultural.

La profesora Ana Rodríguez Soto no se ha propuesto una tarea nada fácil al emprender este estudio. Tampoco ha soslayado ninguna de las dificultades a las que ha tenido que enfrentarse: podría haber disimulado alguna, pasado de largo sobre ella..., pero no ha sido así. Con una lógica serena pero aplastante ha ido paso a paso desbrozado la propuesta de Polo y encontrando en ella la doctrina y el puesto propio del hacer cultural. Además lo hace con claridad, con buena prosa, de forma exhaustiva. Solo cabe esperar que no sea ésta su última palabra y que, subida sobre los hombros de un gigante, siga desempeñando la tarea filosófica y avance en la expresión clara de las propuestas de su maestro.

Javier Aranguen
Universidad Francisco de Vitoria
DOI: 10.15581/013.26.273-276